CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

4	5		5	'S	6	7	6	4	5	3
6	8		3	²E	4	5	9	5	3	5
7	2	10	2	³R	-75	4	5	1	1	***
6	7	5	14		12	13	3		10	13
15	5	9	5	8	5	1		15	5	10
5	14	5 ,	4	13	3		1	5	3	5
8	2	1		14	6	16	2	4	5	3
13	1	1000	7	5	1	5.0	3	17	18	6
Ŋ.	42.	3	2	8	N.W.	3	13	8	6	14
5	18	13	14	5	8	13	1		14	5
15	2	4	17	3	6	10	13		5	1

SOLUCION MARTES



Por Josep-Vicent Marqués

El hombre que se sentía des-graciado en sus relaciones personales se encontró parado ante una tienda de animales domésti-

cos.
"Tal vez tengan aquí lo que ne-

cesito", pensó. Empujó la puerta y entró. La campanilla sonaba bien, acogedora. Una dama de aspecto agradable y edad indefinida le saludó con una

- ¿En qué puedo servirle?
- ¿Se trata de un regalo?
- No entendió. -¿Cómo dice?
- ¿Quiere usted hacer un rega-
- —Oh, no —respondió como si de repente advirtiese dónde estaba y qué le estaban diciendo—. No, más bien se trata de algo para mí.
- —Me pareció que admiraba us-ted nuestros periquitos —dijo la
- Periquito, enano, esquirol
- -dijo un papagayo. —Si, no sé. Son bonitos —dijo
- el hombre que se sentía desgra-ciado en sus relaciones personales.
- -Periquito, enano, esquirol volvió a decir el papagayo. Dispénselo usted —aclaró la vendedora—. Lo tenemos por caridad, proviene de la familia de un ornitólogo ya fallecido, gente un
- poco rara. ¡Viva la República! -dijo el
- papagayo. La dama lo ignoró.
- -En periquitos tenemos un sur-tido realmente amplio...
- —No sé. No creo que me gustase tener a nadie en una jaula.
- —Oh, no se preocupe —dijo la vendedora—. Son felices. En realidad, no sabrian vivir fuera de la
- -Eso suena terrible -dijo el hombre que se sentía desgraciado
- en sus relaciones personales.

 —Tenemos también perros Perros deliciosos. Y guardianes muy eficaces...Hoy dia...
- -Perro, enano, esquirol -dijo
- el papagayo. Un cachorro de doberman ladró.
- -El perro, como usted sabe, es el mejor amigo del hombre...
- -Si. Eso he oído decir. -Es fiel. Sobre todo es fiel.Usted no ignora que la fidelidad es hoy una cualidad difícil de encontrar. El adulterio. La ingratitud de los hijos... Perdone si he removido en
- usted algún recuerdo doloroso.

 Alentada por el silencio del cliente, la dama prosiguió muy ani-
- -Y además son cariñosos. El perro es un animal cariñoso.
- El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales volvió la cabeza negativamente.

- —No sé. Quizá demasiada fideli-dad, ¿no? Mi abuela tenía un perro. Le pegaba y volvía.
- dama sonrió comprensiva y ofreció:
- —Un gatito. Los gatos son muy independientes. Les gusta ser acariciados y luego se van por los tejados a hacer su vida.
- -¡Viva la República! -gritó el papagayo.
- El hombre que se sentía desgra-ciado en sus relaciones personales
- —Tampoco se trata de eso. Me gustaría recibir cariño, no sólo dar. Los gatos..., ahora los ves y luego no
- los ves. Se van demasiado deprisa.

 —Una tortuguita, entonces.
- -Tortuga, enana, esquirol...
- dijo el papagayo.
 Perdone que le diga, señora, que las tortugas son feisimas.
- -En cuestión de belleza, caballero, ya sabe usted que todo es subjeti-
- No tanto, señora... Además, podría pisarla. No me gusta hacer daño a nadie.
- La señora se disculpó:
 —Perdone, debo darles la comida
 a los *hamsters*. Supongo que si usted no quiere nada enjaulado tampoco
- querrá un hamster.

 —Hamster, rata barata, presumi-
- do —gritó el papagayo. La dama terminó de dar la comida a los hamsters y volvió junto al hombre que se sentía desgraciado en
- sus relaciones personales.

 —¿Y un caballo? El caballo hacía al hombre caballero. El caballo es un fiel compañero y no es tan sentimental como el perro. Le acerca al paisa-je, a la naturaleza. —Mi última novia tenía un
- -Un caballo le ofrece a usted toda la entrañable mitología masculina del Oeste — dijo la dama sorpren-diéndose de haber construido un
- eslogan tan brillante.

 —No quisiera ofender, pero el caballo me parece un animal estúpido. Toda la vida aguantando a alguien encima.
- -Caballo, motocarro, esquirol
- —gritó el papagayo. —Hay que saber domarlos prime-
- –dijo la vendedora, ofendida. –No creo que me guste la idea de domar a nadie. Quizá perdería luego todo interés.
- -Pues, francamente, no sé qué ofrecerle -dijo la dama.
- El hombre que se sentía desgra-ciado en sus relaciones personales se sintió asaltado por el vago recuerdo de una mujer a quien no podía identificar con precisión.
- -Decía que no sé ya qué ofre-
- cerle.
 —Si, perdone. Estaba distraido. -Distraído, enano, esquirol. ¡Viva la República! - gritó el papaga-
- -Oiga -dijo el hombre súbitamente animado - ¿no podría ven-

derme el papagayo?

—Imposible —dijo la dama—. Ya le he dicho que es como una obra de caridad, una promesa. Además, ya

ve usted que es un impertinente. El hombre que se sentía desgraciado en sus relaciones personales se despidió y salió pensando dónde estaria aquella vieja agenda donde podía encontrar el nombre de la mujer cuyo recuerdo le había asaltado. Y no, el de algún amigo perdido en los callejones de la memoria.

—Juanita, bonita, esquirol —gri-tó el papagayo cuando el hombre hubo salido.

Zalamero - dijo la dama retocándose el cabello.



o volvió nunca. Acababa de salir mi telegrama cuando recibí otro. Era de la señora Bontemps. El mundo no ha sido creado con carácter definitivo para cada uno de nosotros. Se van sumando en el transcurso de la vida cosas que no sospechábamos. ¡Ah!, no fue la supresión

sospechábamos. ¡Ahl, no fue la supresion del dolor lo que produjeron en mi las dos primeras líneas del telegrama.

"Mi pobre amigo, nuestra querida Albertine se nos ha ido, perdóneme que le anuncie algo tan espantoso a usted que tanto la quería. Su caballo la arrojó contra un árbol mientras paseaba a orillas del Vivonne. Todos nuestros esfuerzos por reanimarla resultante del contra un árbol muestros esfuerzos por reanimarla resultante del contra un árbol por con taron inútiles. ¡Por qué no habré muerto yo en su lugar!''

en su lugar!"

No, no fue la supresión del dolor, sino un dolor desconocido, el de saber que nunca más volveria. ¿Pero acaso no me había repetido varias veces a mí mismo que quizá no volviera? Así era, en efecto, pero ahora comprendía que ni por un instante lo crei. Como necesitaba su presencia, sus besos, para esconocita el daño que me causaban mis sosra soportar el daño que me causaban mis sos-pechas, me había acostumbrado desde Balbec a estar siempre con ella. Aun cuando ella no estaba, cuando me quedaba solo, seguía besándola. Había seguido haciéndolo desde que ella se había ido. Necesitaba no tanto su fidelidad como su regreso. Y aunque mi ra-zón pudiera ponerlo impunemente en duda alguna vez, mi imaginación no cesaba un ins-tante de recordármelo. Instintivamente me pasé la mano por el cuello, por los labios, que se veían besados por ella desde que marchara y que no volverían a serlo, me pasé la mano por ellos, al igual que mamá me acarició al morir mi abuela diciéndome: "Pobre niño mío, tu abuela, que tanto te quería, no volverá a besarte". Aquellas palabras: "A orillas del Vivonne", añadian un elemento más atroz a mi desesperación. Pues la coincidencia de que me hubiese dicho en el trene-cillo que era amiga de la señora Vinteuil, y de que la casa donde vivía desde que me dejara y donde encontró la muerte estuviese por los alrededores de Montjouvain, tal coinciden-cia no podía ser gratuita, se dibujaba una luz entre el Montjouvain contado en el tren y el Vivonne involuntariamente confesado en el telegrama de la señora Bontemps. ¡Por tanto, me mintió la noche en que fui a casa de los Verdurin, la noche en que le dije que quería abandonarla! Toda mi vida futura quedaba arrancada de mi corazón. ¿Mi vida futura? ¿Acaso no había pensado alguna vez futura? ¿Acaso no habia pensado aiguna vez vivirla sin Albertine? ¡En absoluto! ¿Luego desde hacía tiempo le habia consagrado todos los minutos de mi vida hasta mi muerte? ¡Por supuesto que sí! No había sabido ver aquel futuro indisoluble de ella, pero ahora que acababa de quedar desvelado, notaba el lugar que ocupaba en mi corazón abierto. lugar que ocupada en mi corazon adierto. Françoise, que no sabía aún nada, entró en mi cuarto; con expresión iracunda, le grité: "¿Qué pasa?". Entonces, contestó (a veces hay palabras que cambian la realidad que tenemos al lado por otra distinta, aturdiéndo-nos como un vértigo): "El señor no tiene por qué estar enfadado. Al revés, se pondrá bien contento. Son dos cartas de la señorita Al-bertine". Noté, luego, que debí de poner ojos de persona cuva mente se tambalea. No di muestra ni de alegria ni de incredulidad. Estaba como quien ve un sitio de su cuarto ocupado a un tiempo por un sofá y una cueva. Al perder la noción de la realidad, cae desvanecido al suelo. Las dos cartas de Albertine debían de haber sido escritas poco antes del paseo durante el que había muerto.

La primera decía:

"Querido, te agradezco la confianza que me demuestras anunciándome tu intención de invitar a Andrée a tu casa. Estoy segura de que aceptará encantada y creo que será maravilloso para ella. Con su inteligencia, sabrá aprovechar la compañía de un hombre como tú y la admirable influencia que sabes ejercer Este es un fragmento de la versión dactilográfica de Albertine desaparecida, que fue rescatada recientemente y muestra importantes diferencias con el texto conocido, de ahí que los editores españoles del sello Anagrama la hayan publicado con el sugestivo título de Albertine reencontrada. Probablemente la curiosidad bien valga la publicación del fragmento, pero aún más lo justifican los valores de su autor: Marcel Proust.

en las personas. Creo que se te ha ocurrido una idea que puede resultarle tan beneficiosa a ella como a ti. Pero si pusiera la menor pega, telegrafiame, yo me encargaré de con-

vencerla. La segunda estaba fechada un día más tarde. En realidad, debía de haberlas escrito a pocos instantes la una de la otra, quizás a la vez, y antedatar la primera. Pues en todo momento había imaginado de manera ab-surda sus intenciones, que no habían sido otras que volver conmigo, y que una persona ajena al asunto, un hombre sin imaginación, el negociador de un tratado de paz, el comerciante que examina una transacción, habrian juzgado con más discernimiento que yo. Só-

lo contenía estas palabras:
"¿Es ya tarde para volver contigo? Si no le has escrito aun a Andrée, ¿me aceptarías de nuevo? Me inclinaré ante tu decisión, te suplico que no tardes en comunicármela, puedes imaginarte con qué paciencia la espero. Si decides que vuelva, tomaré el tren in-mediatamente. Tuya de todo corazón, Albertine."

Para que la muerte de Albertine hubiese podido suprimir mis sufrimientos, habría si-do necesario que el choque la matase no sólo en Turnera, sino dentro de mí. Para entrar en nosotros, un ser se ha visto obligado a tomar la forma, a adaptarse al marco del tiempo: al no aparecérsenos sino en minutos sucesivos, nunca ha podido darnos más que un solo aspecto suyo a la vez, mostrarnos una sola foto de su persona. Gran debilidad sin duda para un ser el consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza tam-bién; depende de la memoria y la memoria de un momento no está informada de todo lo



ALBERTINE REENC

"Mi pobre amigo, nuestra querida Albertine se nos ha ido, perdóneme que le anuncie algo tan espantoso a usted que tanto la quería. Su caballo la arrojó contra un árbo mientras paseaba a orillas del Vivonne. Todos nuestros esfuerzos por reanimarla resul-taron inútiles. ¡Por qué no habré muerto yo

No, no fue la supresión del dolor, sino ur dolor desconocido, el de saber que nunca más volveria. ¿Pero acaso no me habia repe-tido varias veces a mí mismo que quizá no volviera? Asi era, en efecto, pero ahora comprendia que ni por un instante lo crei Como necesitaba su presencia, sus besos, pa-ra soportar el daño que me causaban mis sospechas, me habia acostumbrado desde Bal-bec a estar siempre con ella. Aun cuando ella no estaba, cuando me quedaba solo, seguia besándola. Había seguido haciendolo desde que ella se habia ido. Necesitaba no tanto su fidelidad como su regreso. Y aunque mi razon pudiera ponerlo impunemente en duda alguna vez, mi imaginación no cesaba un instante de recordármelo. Instintivamente me que se veian besados por ella desde que marchara y que no volverian a serlo, me pase la mano por ellos, al igual que mamá me aca rició al morir mi abuela diciéndome: "Pobre niño mio, tu abuela, que tanto te queria, no volverà a besarte". Aquellas palabras: "A orillas del Vivonne", añadian un elemento más atroz a mi desesperación. Pues la coincidencia de que me hubiese dicho en el trenecillo que era amiga de la señora Vinteuil, y de que la casa donde vivia desde que me dejara donde encontró la muerte estuviese por los alrededores de Montjouvain, tal coincidencia no podia ser gratuita, se dibujaba una luz entre el Montjouvain contado en el tren y el Vivonne involuntariamente confesado en el telegrama de la señora Bontemps. ¡Por tanto, me mintió la noche en que fui a casa de los Verdurin, la noche en que le dije que queria abandonarla! Toda mi vida futura quedaba arrancada de mi corazón. ¿Mi vida futura? ¿Acaso no había pensado alguna vez ivirla sin Albertine? ¡En absoluto! ¿Luego desde hacía tiempo le había consagrado t dos los minutos de mi vida hasta mi muerte! ¡Por supuesto que si! No había sabido ver aquel futuro indisoluble de ella, pero ahora que acababa de quedar desvelado, notaba el lugar que ocupaba en mi corazón abierto. Françoise, que no sabia aún nada, entró en mi cuarto; con expresión iracunda, le grité:
"¿Qué pasa?". Entonces, contestó (a veces hay palabras que cambian la realidad que tenemos al lado por otra distinta, aturdiéndo nos como un vértigo): "El señor no tiene por que estar enfadado. Al revés, se pondrá bien ntento. Son dos cartas de la señorita Albertine". Noté, luego, que debi de poner ojos de persona cuya mente se tambalea. N di muestra ni de alegria ni de incredulidad. Estaba como quien ve un sitio de su cuarto ocupado a un tiempo por un sofá y una cueva. Al perder la noción de la realidad, cas desvanecido al suelo. Las dos cartas de Alhertine debían de haber sido escritas poc antes del paseo durante el que había muerto

La primera decia: Querido, te agradezco la confianza que me demuestras anunciándome tu intención de invitar a Andrée a tu casa. Estoy segura de que aceptará encantada y creo que será ma ravilloso para ella. Con su inteligencia, sabra aprovechar la compañía de un hombre como Este es un fragmento de la versión dactilográfica de Albertine desaparecida, que fue rescatada recientemente y muestra importantes diferencias con el texto conocido, de ahí que los editores españoles del sello Anagrama la hayan publicado con el sugestivo título de Albertine reencontrada. Probablemente la curiosidad bien valga la publicación del fragmento, pero aún más lo justifican los valores de su autor: Marcel Proust.

en las personas. Creo que se te ha ocurrido una idea que puede resultarle tan beneficiosa a ella como a ti. Pero si pusiera la menor pega, telegrafiame, yo me encargaré de cor

La segunda estaba fechada un día más tarde. En realidad, debía de haberlas escrito i pocos instantes la una de la otra, quizás a la vez, y antedatar la primera. Pues en todo momento habia imaginado de manera aburda sus intenciones, que no habían side otras que volver conmigo, y que una persona aiena al asunto, un hombre sin imaginación el negociador de un tratado de paz, el comer riante que examina una transacción, habria juzgado con más discernimiento que yo. Sóo contenia estas palabras:

"¿Es ya tarde para volver contigo? Si no le has escrito aún a Andrée, ¿me aceptarias de nuevo? Me inclinaré ante tu decisión, te suplico que no tardes en comunicármela puedes imaginarte con qué paciencia la espero. Si decides que vuelva, tomaré el tren in mediatamente. Tuya de todo corazón, Al-

Para que la muerte de Albertine hubiese podido suprimir mis sufrimientos, habria si-do necesario que el choque la matase no sólo en Turnera, sino dentro de mi. Para entra en nosotros, un ser se ha visto obligado a tomar la forma, a adaptarse al marco del tiempo; al no aparecérsenos sino en minutos su-cesivos, nunca ha podido darnos más que un solo aspecto suyo a la vez, mostrarnos una sola foto de su persona. Gran debilidad sin duda para un ser el consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza tam bién; depende de la memoria y la memoria de un momento no está informada de todo lo

tuido su encanto, y no a través de Albertine, paralelamente a ella, era precisamente, ante la llamada de momentos idénticos, el perpe tuo renacer de momento pasados. Por el ru mor de la lluvia, me llegaba la fragancia de las lilas de Cambray; por la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Campos Eli-seos; por el amortiguarse de los ruidos en el calor de la mañana, el frescor de las cervezas la aftoranza de Bretaña o de Venecia, por el silbido del viento y la llegada de la Pascua cia calor. Era la época en que muy de maña na alumnos y profesores acuden a los jardi-nes públicos a preparar los últimos exámenes bajo los árboles, para recoger la única gota de frescor que deia caer un cielo menos infla mado que en el ardor del día, pero ya con la misma pureza estéril. Desde mi habitación oscura, con un poder de evocación igual al de antaño, pero ya sólo capaz de engendrar sufrimiento, notaba que afuera, en la gravi dez del aire, el sol declinante bañaba la verti calidad de las casas, de las iglesias, con un tinte leonado. Y como Françoise al volver descompusiese sin querer los pliegues de las amplias cortinas, ahogaba un grito ante el la ceramiento que acababa de producirmo aquel rayo de sol antiguo que me habia hecho parecer hermosa la fachada de Bricqueville l'Orgueilleuse, cuando Albertino me dijo: "Está restaurada". No sabiendo cómo explicar mi suspiro a Françoise, le de-cia: "¡Ah! Tengo sed". Françoise salia, regresaba, pero yo me volvia violentamente, sometido a la dolorosa descarga de uno de los mil invisibles recuerdos que de continuo estallaban a mi alrededor en la oscuridad: acababa de ver que había traido sidra y cerezas, aquella sidra y cerezas que un mozo de granja nos trajera en el coche, en Balbec, pecies con las cuales habria comulgado de modo perfecto, tiempo atrás, con el arco iris de los comedores oscuros los dias de canícula. Entonces pensè por primera vez en la granja-restaurante de Les Ecores, y pensé que algunos días en que Albertine me decia

en Balbec que no estaba libre, o que tenta que salir con su tia, quizás estaba con alguna de sus amigas en una granja por la que sabía que yo no solía ir, y donde mientras yo hacia tiempo por si acaso en la de Mariehemos visto hoy", ella empleaba con su ami ga las mismas palabras que conmigo cuande saliamos los dos: "No se le ocurrirá buscar cia a Françoise que corriese las cortinas, para dose, igual de corrosivo, en mi memoria na iremos a Saint-Martinle-Vétu, pasado mañana a..." Mañana, pasado mañana, era un futuro de vida en común, quizá para siempre, mi corazón se abalanza hacia él, pe ro se ha esfumado, Albertine ha muerto.

Preguntaba la hora a Françoise. Las seis. Por fin, a Dios gracias, desapareceria aquel calor agobiante del que me quejaba tiempo atràcon Albertine y que nos gustaba tanto. El dia tocaba a su fin, ¿pero y qué ganaba yo con ello? Llegaba el frescor de la noche, declinaba el sol; en mi memoria, al final de una carretera que tomábamos juntos para vol ver. lo divisaba, más leios que el último pueblo, como una estación distante, inacce sible para aquella misma noche en que los detendriamos en Balbec, siempre juntos Juntos entonces. Ahora habia que pararse en seco ante aquel mismo abismo, ella habia muerto. No bastaba ya correr las cortinas intentaba tapar los ojos y oidos de mi men ria, para no ver aquella franja anaranjada del crepúsculo, para no oir aquellos inv pájaros que se contestaban de uno a otro árbol, a cada lado de mí a quien tan tiernamente besaba entonces la que ahora habia muerto. Me esforzaba en evitar esas sensaciones que suscitan la humedad de las hojas al atardecer, las subidas y bajadas de la carretera Pero ya esas sensaciones me habian invadido de nuevo, me habían arrastrado lo bastante lejos del momento actual como para que la idea de que había muerto Albertine cobras oda la perspectiva, todo el impulso necesario para herirme de nuevo. ¡Ah! Nunca más olveria a adentrarme en un bosque ni a pasearme por entre los árboles. ¿Pero me resul-tarian menos crueles los llanos? Cuántas veces, para ir a buscar a Albertine, habia cruzado y vuelto a tomar al regresar con ella la gran llanura de Cricqueville, tanto con tiem po brumoso en que la inundación de la niebla nos daba la sensación de estar rode ados por un inmenso lago, como durante esos limpidos atardeceres en que el claro de luna, desmaterializando la tierra, haciéndola parecer casi celeste como no lo es durante el día sino en lontananza, encerraba los campos, los bosques, con el firmamento al que los habia asimilado, en un ágata arborizada de un solo azul.

Françoise debia de alegrarse de la muerte de Albertine, y preciso es reconocerle que por una especie de decencia y de tacto no fingia. estar triste. Pero las leyes no escritas de su antiguo Código y su tradición de campesina medieval que llora como en los cantares de gesta eran más antiguas que el odio que profesaba a Albertine e incluso a Eulalie. Y asi, uno de aquellos atardeceres, al no ocultar yo lo bastante rápido mi dolor, divisó mis campesinilla que otrora le hiciera canturar y do los pollos y cociendo vivos los bogavantes, y cuando yo estaba enfermo observando, como las heridas que hubiera infligido a una lechuza, mi mala cara que a conti nuación pregonaba con tono fúnebre y cual presagio de desdichas. Pero su derecho consuetudinario de Combray no le permitia tomarse a la ligera las lágrimas, el dolor, cosas que juzgaba tan funestas como quitarse su prenda interior de franela o comer a desga-na. "¡Oh! ¡No, señor, no debe llorar, le senmas, parecia tan inquietz como si hubieses sido mares de sangre. Por desgracia, adopté un aire frio que cortó en seco las efusione que esperaba prodigarme y que además quizas habrian sido sinceras. Debía de pasarle lo mismo con Albertine que con Eulalie, y ahora que mi amiga no podía sacar va nin gún beneficio de mi, Françoise había dejado de odiarla. Con todo, insistió en demostrar y que siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los mios, no queria "hacerlo ver". "No y que siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los míos, no quería "Macerlo ver". "No debe llorar, señor", me dijo con tono ya más sosegado, y más bien para demostrarem su clarividencia que para testimoniarme su piedad. V agregó: "Tenia que suceder, era demasiado feliz, la pobre, no supo apreciar "fallicidad".

. Los músicos Raúl Carnota y Lalo de los Santos ofrecen un recital hoy, en el Teatro Auditorium de la ciudad de Ma del Plata. El jueves y viernes se presenta Jaime Torres y su Gente, el sábado, el Cuarteto Zupay v el domingo, Los comienzan a las 23.30.

· Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069 Mar del Plata. Los Corradini ofrecen su espectáculo musical distinto y su repertorio casa de uno, donde se incluye una sintesis de los tres discos del

 La Banda Elástica continua presentando su espectáculo musicial distinto y su repertorio elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrella ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes y lunes a las 22 hs.

· El resucitado obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Refasi sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los dias a las 22.

• Los unipersonales Vivir en vos a cargo de Virginia Lago sobre textos de Maria Elena Walsh, los martes; El humor en celo con la actuación de la actriz Edda Diaz. los miércoles; Yo Alfonsina (Una mujer libre) con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábado; Lidia Nueva York sobre textos de Canto a mi misma a cargo de Perla Santalla, los domingos, se ofrecen en el Teatro Del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

 Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humoristico denominado Perclavalle indestructible. En el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las

· Mama, obra teatral de A Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a la

· Fl gruno Midachi presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del

Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Dario Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

· Morochos de Ruyor, de Raúl Ramos y Héctor Gióvine elenco. En la Sala La Nona del Mar del Plata, de miércoles a lunes

• En el Teatro de la Galeria de San Clemente ubicado en Calle I y 3. Rudy Chernicoff ofre unipersonal El señor del baño.

• El Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105 se presentan los dias jueves, Los Kelonios (clown) a las 22.30 v a las 23.30 Cambas al ajillo, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aida Albert y Omar Viola con música original de Fernando Tavolaro.

· La Comedia de la Provincia de Buenos Aires presenta su obra El mensaje (comedia infantil), de Javier Villafañe, de miércoles a domingo a las 19, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata



• Los músicos Raúl Carnota y Lalo de los Santos ofrecen un recital hoy, en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata. El jueves y viernes se presenta Jalme Torres y su Gente, el sábado, el Cuarteto Zupay y el domingo, Los Carabajal. Los recitales comienzan a las 23.30.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, Los Corradini ofrecen su espectáculo musical distinto y su repertorio casa de uno, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• La Banda Elástica continúa presentando su espectáculo musicial distinto y su repertorio "elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes y lunes a las 22 hs.

• El resucitado, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Refasi sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales Vivir en vos a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; El humor en celo con la actuación de la actriz Edda Diaz, los miércoles; Yo Alfonsina (Una mujer libre) con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábado; Lidia Catalano presenta Poeta en Nueva York sobre textos de Federico García Lorca, los jueves y Canto a mí misma a cargo de Perla Santalla, los domingos, se ofrecen en el Teatro Del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humoristico denominado **Perciavalle Indestructible.** En el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• Mama, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del

• Yepeto, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Dario Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen, 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• Morochos de Ñuyor, de Raúl Ramos y Héctor Gióvine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galeria de San Clemente ubicado en Calle 1 y 3, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño**.

• El Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105 se presentan los días jueves, **Los Kelonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30 **Gambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aida Albert y Omar Viola con música original de Fernándo Tavolaro.

• La Comedia de la Provincia de Buenos Aires presenta su obra **El mensaje** (comedia infantil), de Jayier Villafañe, de miércoles a domingo a las 19, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata.

acaecido desde entonces; ese momento que ha registrado dura aún, vive aún y también la persona que se perfilaba en él. Y este desmigamiento no solamente da vida a la muerta, la multiplica. Para consolarme, tenía que haber olvidado no a una, sino a innumerables Albertines. Cuando lograba soportar el dolor de haber perdido a ésta, había de

volver a hacerlo con otra, con cien más. Entonces mi vida sufrió un cambio total. Lo que, cuando estaba solo, había consti-tuido su encanto, y no a través de Albertine, paralelamente a ella, era precisamente, ante la llamada de momentos idénticos, el perpetuo renacer de momento pasados. Por el ru-mor de la lluvia, me llegaba la fragancia de las lilas de Cambray; por la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Campos Elíseos; por el amortiguarse de los ruidos en el calor de la mañana, el frescor de las cervezas; la añoranza de Bretaña o de Venecia, por el silbido del viento y la llegada de la Pascua. Llegaba el verano, se alargaban los días, hacía calor. Era la época en que muy de mañana alumnos y profesores acuden a los jardi na alumnos y profesores acuden a los jardi-nes públicos a preparar los últimos exámenes bajo los árboles, para recoger la única gota de frescor que deja caer un cielo menos infla-mado que en el ardor del día, pero ya con la mado que en el ardor del día, pero ya con la misma pureza estéril. Desde mi habitación oscura, con un poder de evocación igual al de antaño, pero ya sólo capaz de engendrar sufrimiento, notaba que afuera, en la gravidez del aire, el sol declinante bañaba la verticalidad de las casas, de las iglesias, con un tinte leonado. Y como Françoise al volver descompusiese sin querer los pliegues de las amplias cortinas, ahogaba un grito ante el laceramiento que acababa de producirme aquel rayo de sol antiguo que me había hecho parecer hermosa la fachada de Bricqueville l'Orgueilleuse, cuando Albertine me dijo: "Está restaurada". No sabiendo me dijo: "Esta restaurada". No sabiendo cómo explicar mi suspiro a Françoise, le de-cía: "¡Ah! Tengo sed". Françoise salía, regresaba, pero yo me volvía violentamente, sometido a la dolorosa descarga de uno de los mil invisibles recuerdos que de continuo estallaban a mi alrededor en la oscuridad; acababa de ver que había traído sidra y cerezas, aquella sidra y cerezas que un mozo de granja nos trajera en el coche, en Balbec, especies con las cuales habría comulgado de modo perfecto, tiempo atrás, con el arco iris modo perfecto, tempo arras, con el arco nis de los comedores oscuros los días de canícu-la. Entonces pensé por primera vez en la granja-restaurante de Les Ecores, y pensé que algunos días en que Albertine me decía en Balbec que no estaba libre, o que tenía que salir con su tía, quizás estaba con alguna de sus amigas en una granja por la que sabía que yo no solia ír, y donde mientras yo hacía tiempo por si acaso en la de Marie-Antoinette donde me habían dicho: "No la hemos visto hoy", ella empleaba con su amiga las mismas palabras que conmigo cuando saliamos los dos: "No se le ocurrirá buscarnos aqui y así estaremos tranquilas". Le decía a Françoise que corriese las cortinas, para no ver aquel rayo de sol. Pero seguía filtrándose, igual de corrosivo, en mi memoria. "No me gusta, está restaurada, pero mañana iremos a Saint-Martinle-Vétu, pasado mañana a..." Mañana, pasado mañana, era un futuro de vida en común, quizá para siempre, mi corazón se abalanza hacia él, pero se ha esfumado, Albertine ha muerto. Preguntaba la hora a Françoise. Las seis. Por fin, a Dios gracias, desaparecería aquel calor

agobiante del que me quejaba tiempo atrás con Albertine y que nos gustaba tanto. El día tocaba a su fin, ¿pero y qué ganaba yo con ello? Llegaba el frescor de la noche, declinaello? Llegada el rrescor de la noche, decima-ba el sol; en mi memoria, al final de una carretera que tomábamos juntos para vol-ver, lo divisaba, más lejos que el último pueblo, como una estación distante, inaccesible para aquella misma noche en que los detendríamos en Balbec, siempre juntos. Juntos entonces. Ahora había que pararse en seco ante aquel mismo abismo, ella había muerto. No bastaba ya correr las cortinas, intentaba tapar los ojos y oídos de mi memo-ria, para no ver aquella franja anaranjada del crepúsculo, para no oír aquellos invisibles pájaros que se contestaban de uno a otro árbol, a cada lado de mí a quien tan tiernamen-te besaba entonces la que ahora había muerto. Me esforzaba en evitar esas sensaciones que suscitan la humedad de las hojas al atardecer, las subidas y bajadas de la carretera. Pero ya esas sensaciones me habían invadido de nuevo, me habían arrastrado lo bastante lejos del momento actual como para que la idea de que había muerto Albertine cobrase toda la perspectiva, todo el impulso necesario para herirme de nuevo. ¡Ah! Nunca más volvería a adentrarme en un bosque ni a pasearme por entre los árboles. ¿Pero me resultarían menos crueles los llanos? Cuántas veces, para ir a buscar a Albertine, había cruza-do y vuelto a tomar al regresar con ella la gran llanura de Cricqueville, tanto con tiem-po brumoso en que la inundación de la niebla nos daba la sensación de estar rode-ados por un inmenso lago, como durante esos límpidos atardeceres en que el claro de luna, desmaterializando la tierra, haciéndola parecer casi celeste como no lo es durante el día sino en lontananza, encerraba los campos, los bosques, con el firmamento al que los había asimilado, en un ágata arborizada de un solo azul.

Françoise debia de alegrarse de la muerte de Albertine, y preciso es reconocerle que por una especie de decencia y de tacto no fingía estar triste. Pero las leyes no escritas de su antiguo Código y su tradición de campesina medieval que llora como en los cantares de gesta eran más antiguas que el odio que profesaba a Albertine e incluso a Eulalie. Y así, uno de aquellos atardeceres, al no ocultar yo lo bastante rápido mi dolor, divisó mis lágrimas, ayudada por su instinto de antigua campesinilla que otrora le hiciera capturar y hacer sufrir a los animales, disfrutar ahogando los pollos y cociendo vivos los bogavan-tes, y cuando yo estaba enfermo observando, como las heridas que hubiera infligido a una lechuza, mi mala cara que a continuación pregonaba con tono fúnebre y cual presagio de desdichas. Pero su derecho consuetudinario de Combray no le permitía to-marse a la ligera las lágrimas, el dolor, cosas que juzgaba tan funestas como quitarse su prenda interior de franela o comer a desgana. "¡Oh! ¡No, señor, no debe llorar, le sen-tará mal!". Y, en su afán de atajar mis lágrimas, parecía tan inquieta como si hubiesen sido mares de sangre. Por desgracia, adopté un aire frío que cortó en seco las efusiones que esperaba prodigarme y que además quizás habrían sido sinceras. Debía de pasarle lo mismo con Albertine que con Eulalie, y ahora que mi amiga no podía sacar ya ningún beneficio de mí, Françoise había dejado de odiarla. Con todo, insistió en demostrarde odaria. Con todo, insistio en demostrarme que notaba perfectamente que yo lloraba y que siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los míos, no quería "hacerlo ver". "No debe llorar, señor", me dijo con tono ya más sosegado, y más bien para demostrarme su clarividencia que para testimoniarme su piedad. Y agregó: "Tenía que suceder, era demasiado feliz, la pobre, no supo apreciar su folicidad"."

ONTRADA

LA BANDA DEL CIEMPIES

Cuando Carmody despertó del profundo sueño artificial provocado por el gas soporí-fero que el amable desconocido había liberado dentro del coche se encontró sentado en un cómodo sillón, ante un escritorio; y del otro lado del escritorio Sir W. lo miraba sonriente. Eran viejos amigos, que habían colaborado en casos de carácter interna-cional. Sir W. era el director del M.I.5, repartición del servicio secreto británico.

-Debe excusarme, Mr. Trailler -dijo el anciano, con voz digna y grave- por el modo poco ortodoxo en que he ordenado tra-erlo aquí; créame que no tenía otra alternativa, pues de ninguna manera podiamos per-mitir que usted se pusiera en contacto con su cliente potencial. Pero vuelvo a excusarme: ¿una taza de té, mientras su mente termina de aclararse?

Carmody asintió débilmente, y sólo cuando hubo vaciado la taza provista por una gris empleada, Sir W. volvió a hablar. Explicó que Carmody había sido trasladado a Londres secretamente en un avión particular, dentro de un baúl que había estado esperándolo en la caja de un gran camión al cual su-bió, por una rampa, el coche de su captor. Ese espía inglés hacia tiempo que seguia al detective, esperando la ocasión propicia, pues tenía instrucciones de neutralizar cual-quier acción suya en el caso de la niña rapta-

-La vendedora de violetas no fue raptada

por la Banda del Ciempiés —dijo Sir W. ante la sorpresa de Carmody—, ni lo hicieron porque ella hubiera manifestado su voluntad de contratarlo a usted; hace semanas que teníamos noticias del programa del rapto, y la mento no poder explicarle las razones del mismo pues se trata de un movimiento clave dentro del delicado ajedrez internacional, todo ello bajo el rótulo de top secret. Para su tranquilidad, debo añadir que la niña está a

"No crea —agregó el anciano— que la monstruosa Banda del Ciempiés y sus expresiones un tanto absurdas y de mal gusto son una creación nuestra; de ningún modo. Pero es cierto que en ella hay algunos elementos nuestros infiltrados por medio de quienes esperamos acceder a ciertos informes vitales para la paz mundial."

Carmody escuchó en silencio las palabras de su viejo amigo, y luego meditó en silencio durante un buen rato. Por fin, alzó su límpi da mirada hacia los ojos del anciano, cuadró

-Estoy a sus órdenes, Sir W., ¿qué debo

-Nada, Mr. Carmody - respondió el an-ciano, sonriendo benignamente -, nada salvo enviar un telegrama a sus hombres para que cesen toda acción. Desde luego, nosotros pagaremos sus sueldos mientras dure la inactividad que usted, gentilmente, nos ha concedido. Por lo demás, usted está en libertad. ¿Oué tal unas vacaciones en Londres?

Adelantémonos ahora unas cuantas semanas y veamos qué sucede con Smithe Andrews. El ex jefe de policía iba reponién-dose lentamente, bajo la cariñosa vigilancía dos entantene, oajo la camosa viginancia de Amanda Rosentahl y de otras enfermeras-policias adictas a él; cuando recuperó cier-ta lucidez, se añadió un prestigioso psi-quiatra a la importante ayuda médica que recibía de continuo. El resultado de todo esto fue que, un buen día, Smithe Andrews saltó rue que, un ouen dia, smithe Andrews salto de la cama lleno de energias y salio a la calle con su camisón blanco, sus largos cabellos también blancos y sus llameantes ojos de profeta, dispuesto a enfrentar al mundo con una nueva personalidad. Ahora se llamaba, por decisión personal, Alexander Epstein-Müller. A duras penas, Amanda logró meterlo en un taxi y llevarlo al apartamento que compartía con Ema Llopis, otra de las chicas del grupo

En los días subsiguientes, Andrews (ahora Epstein-Müller) fue estructurando rápidamente su nueva personalidad y tomó una se-rie de decisiones definitorias; primero se casó con ambas mujeres, Amanda y Ema, en el marco del rito religioso de una secta derivada de los mormones; y casi en seguida, después de una breve luna de miel, comenzó la prolija y veloz construcción de la gigantesca tarea que muy pronto lo llevaría a un primer plano en la estima popular.

(Próximo episodio: "El misterio de los orígenes de Molly")



ENIGMA LOGICO

El gran torneo

Deduzca quién está jugando con blancas y quién con negras en cada una de las cinco partidas de un torneo de ajedrez, cuantas jugadas se han efectuado hasta el momento y qué pieza le han capturado a las negras.

- que pieza le rian capturadu a las riegras.
 En la partida de Stern se efectuaron más jugadas que en la de Drago.
 Milde juega contra Vidal, y no capturó el alfil ni el peón.
 Soria hizo menos jugadas que Fox.
 En la partida que va por la jugada 40, las negras tienen un alfil de menos; ni Ratti
 ni Rojas llevan blancas en esta partida.
 Drago ha capturado una torre, y no ha sido a lbarra.
 Ferrer capturó una dama; esta partida no es la que juega Ratti ni tampoco la que
- va por la jugada 43. 7. Ibarra y su oponente son los que han efectuado menos jugadas.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		NEGRAS						JUGADAS					PIEZA				
		Ferrer	Fox	Ibarra	Soria	Vidal	37	39	40	43	45	Affi	Caballo	Dama	Peón	Torre	
	Drago										TO.		10.13				
100	Milde					11			m	9.7	1	13	13		FTY		
AS	Ratti								-7					190			
BLANCAS	Rojas						19.		141								
B	Stern					143		0-	.15	*U. =	10			P	22	1	
	Alfil						T	IIS:					955		_		
	Caballo				d'			100				1.					
	Dama	1							10								
PIEZAS	Peón								0.1	1							
문	Torre						1		Tis			1					
	37			1		N. Section			-	1757		200					
	39																
AS	40	-		1	T								-				
JUGADAS	43		T	T	T												
3	45		1			1	1										

BLANCAS	NEGRAS	JUGADAS	PIEZA
		4.4. 1.2.1.10	
4-1		THE MINES	ASSESSMENT OF THE

SOPA MOTORISTA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ACELERADOR ASIENTOS BILITAS CARBURADOR CASCO CILINDROS DEPOSITO EMBRAGUE FRENOS GASOLINA GUANTES GUARDABARROS LUCES MANILLAR MATRICULA MOTO PARABRISAS RETROVISOR RUFDAS

ACEITE

	G.	U	A	R	D	A	В	A	R	R	0	S	В	E	
	A	N	D	E	P	0	S	I	T	0	R	E	M	T	
1	R	A.	S	T	D	R	0	R	0	D	F	В	A	I	
1	A	Ĉ	A	R	В	U	R	A	D	0	R	U	N	E	
	N	E	S	0	L	E	I	M	Ā	Α	E	J	1	C	
	S	L	1	V	S	D	M	0	G	S	N	I	L	A	
	E	E	R	Ī	0	A	S	U	A	I	0	A	L	S	
	S	R	В	S	R	S	E	E	S	E	S	S	A	L	
	M	Α	A	0	D	0	T	Ñ	0	N	I	C	R	N	
	Α	D	R	R	N	S	N	G	L	T	U	A	A	P	
	I	0	A	L	I	E	A	Т	Í	0	N	S	I	0	
	G	R	P	E	L	N	U	T	N	S	E	C	U	L	
	0	Y	. 0	S	I	0	G	Y	A	E	M	0	T	0	
	G	A	L	U	C	I	R	T	A	M	I	В	Ñ	В	

SOLUCIONES

SOPA **LUMINOSA**

ENIGMA LOGICO

Fresas, Pan-Am, marido, jardinero. Quesos, Alitalia, arqueólogo museo.

Restos fósiles, Air France, granjero, chef. Tulipanes, Iberia, director,

embarazada Vacunas, Lufthansa, biólogo

A	M	G	T	E	R	T	Н	C	A	T	Z	E	L
L	A	R	G	A	A	Н	C	A	H	E	Н	E	R
A	E	z[A	Н	C	R	0	T	N	A	S	C	A
Z	s	C	E	R	I	L	L	Α	S	T	E	F	P
E	T	0	S	~ N	C	.s	P	G	E	A	F	D	C
0	R	Н	F	. A	Н	0	C	0	> F	N	A	R	R
R	E	E	0	L	I	L	G	F	C	R	R	N	G
E	L	Т	G	S	S	A	Y	S	A	E	0	A	R
Н	L	E	0	R	P	V	I/	P	N	Т	L	0	٧
C	A	0	N	M	A	A	M	/c	D	N	A	V	/1
E	S	S	A	E	3/	A	/1	S	I	I	E	/a	U
М	A	L	Z	C	L	/U	N	A	L	L	/2	0	F
5/	E	B	0	M	В	1	L	L	A	A	0	M	A
R	F	R	A	N	1	M	P	E	R	I	S	A	D